

*De puertas
para adentro*

Toni Brito

De puertas para adentro

XXVIII Premio de Novela Corta José Luis Castillo-Puche

Reservados todos los derechos. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización escrita del titular de su propiedad intelectual y sus derechos de explotación.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

De puertas para adentro

©Toni Brito, 2020

2^{da} Edición Febrero 2022

Imagen de la cubierta: Toni Brito

Impreso y encuadernado por: Amazon

ISBN: 9798785302600

*Almas de puertas cerradas
con las ventanas abiertas.
Brisa de mar disfrazada
de cazador en retirada.*

*Restos de sueños varados,
intentos fallidos de fuga.
Viejos deseos heridos,
paisajes abandonados.*

Miss Caffaina
Venimos, 2013

La desaparición

Emilio desapareció cuando bajó a tirar la basura. Podría haber desaparecido al ir a por tabaco, por respetar el tópico, pero Emilio no fumaba, que se supiera, y decidió desaparecer en un momento aún más banal. Tal vez no lo decidió él. La policía no fue capaz de confirmarlo.

Tardaron en venir. El tiempo necesario para dar a una persona adulta por desaparecida y todo eso. Sandra también tardó en llamarles, pero no más de una hora. Tal vez dos. El tiempo que tardó en extrañarse, luego en preocuparse y, por fin, en salir a buscarle por las calles del barrio. El teléfono de Emilio estaba en

casa, igual que su cartera. Salió con lo puesto. Con lo puesto y con la bolsa de basura.

En el vestíbulo del edificio había cámaras. Las instalaron después de que unos gamberros se colaran en el portal y rociaran las escaleras con el extintor del pasillo. La comunidad tuvo que hacer una derrama para reponer el extintor, contratar un equipo de limpieza e instalar el sistema de seguridad. En la grabación de la noche en cuestión, la de la desaparición, no la de los gamberros, se veía a Emilio salir del edificio. A través del cristal de la puerta se le distinguía tirando la basura en el contenedor amarillo, y a continuación volvía a entrar en el portal. Y luego nada.

Los vecinos que abrieron sus puertas a la policía no pudieron o no quisieron dar ninguna pista, sin embargo, los investigadores lo tenían claro: una vez descartados los pasillos, escaleras y el hueco del ascensor, no quedaba otra, Emilio había desaparecido en alguno de los pisos del inmueble. En realidad, todos lo tenían claro, pero la juez introdujo el concepto clave de la voluntariedad. Según su estricto criterio, no había evidencias de que Emilio hubiera desaparecido en

contra de su voluntad y, por tanto, no había razones para emitir órdenes de registro de las treinta y cinco viviendas del edificio.

Los agentes se limitaron entonces a inspeccionar las zonas comunes con la intención de encontrar la más mínima prueba. Y, en realidad, fue mínima. Un pañuelo de papel usado, arrugado y apretado hasta convertirse en una pequeña bola, se encontró en el tramo de escalera que iba del portal a las viviendas del semisótano. Ante el escepticismo policial, Sandra insistió en que aquel gurrño pertenecía a Emilio y alegó, para apoyar su afirmación, las pruebas testimoniales de la convivencia: Emilio tenía alergia, vivía pegado a pañuelos de papel que acababan dispersos por la casa por tener uno siempre a mano. Los bolsillos de sus pantalones, de todos sus pantalones, estaban repletos de esos pañuelos estrujados hasta la extenuación por las manos inquietas de Emilio. Sandra gritaba cada vez que alguno de ellos se deshacía dentro de la lavadora dejando toda la colada impregnada de pedacitos de papel mojado.

Para aportar todo lo que podía a la investigación, Sandra añadió un dato más: cuando el desaparecido salió de casa, vestía un pantalón de chándal con bolsillos holgados, desde donde era fácil perder su contenido con cualquier movimiento brusco. A Emilio le sucedía a menudo al hacer deporte, al levantarse del sofá e incluso en el baño. Aquel pañuelo, que por sus circunstancias intrínsecas podía ser un mapa de ADN, fue recogido y custodiado por la policía hasta que alguien determinara que el caso era lo bastante grave como para practicar las pruebas correspondientes.

Sandra no tuvo más remedio que esperar, viendo cómo la presencia de Emilio se reducía a un pañuelo usado, pero intentó que fuera una espera activa. Preguntó, observó, investigó, con el deseo de dar pronto con el final de este suceso, confiando en que las historias de desaparecidos tuvieran finales y no una angustia extendida en el tiempo, hasta que se pierde la memoria o la paciencia del que espera.

El felpudo

No era el típico felpudo rectangular y mustio, que araña el suelo y las tardes al volver a casa. Era original, gracioso, un felpudo que decía *aquí vive gente simpática*. No lo decía literalmente, claro, pero lo dejaba intuir en su forma, sus colores y sus letras que en realidad decían: «¡Deja fuera la suciedad y el mal rollo!». Así, con unas letras muy redondas y signos de exclamación. Cada letra y cada signo de un color diferente, como si fuera la carta de ajuste de los felpudos. En otra etapa de mi vida habría pensado que era una horterada, sin embargo, visto así, en contraste con el marrón del suelo y el tedio de las paredes, me parecía hasta chic. Al lado del mío, aquel era un felpudo

con personalidad, alegre, vibrante. Ver los dos felpudos, el suyo y el mío, uno frente a otro en el pasillo, era como combinar lunares y rayas. Nadie con un mínimo de gusto, es más, nadie con ojos habría podido decir que aquello estaba bien. Fue por eso y no por otro motivo por lo que tuve que cambiar el mío.

A ellos les hizo gracia ver mi nuevo felpudo, idéntico al suyo. Lo sé porque les oí a través de la puerta. «¡Anda! ¡Nos ha copiado el felpudo!», le dijo él a ella entre risas. No creo que «copiado» fuera la palabra más adecuada porque, al fin y al cabo, el felpudo no lo habían inventado ellos. Lo habría creado algún diseñador nórdico y extravagante, y lo habrían producido a millones en una oscura fábrica china para que lo compráramos libremente los occidentales. A lo mejor no eran millones, sino algo menos, porque recorrí más de veinte tiendas para encontrarlo. A ella no se lo conté así. La primera vez que nos cruzamos tras el nuevo felpudo, me lo señaló con aquella sonrisa tensa, tan característica suya, y le dije que lo había visto por casualidad en El Corte Inglés y me pareció mejor mantener la coherencia estilística. Así se lo dije, igual

que había que votar en junta el color de los toldos o el aluminio de las ventanas, no veía por qué íbamos a tener felpudos discordantes. «¿Como las cortinas?», me dijo. Y es verdad que las cortinas de ambos salones se parecían mucho, pero es que todas las cortinas verdes se parecen mucho entre sí. Al fin y al cabo, son cortinas, un trozo de tela que guarde del sol y los entrometidos, no hay mucho donde diferenciarse.

Es el problema de la sociedad postmoderna, que quiere alimentar el individualismo para que nos creamos especiales, pero nos venden a todos los mismos productos fabricados en serie. Es muy ingenuo creerse especial cuando todos vamos a las mismas tiendas a por nuestra porción de singularidad. ¿Hay más tipos de sofás? Claro que los hay, aunque tampoco muchos. Si eliminas todos los que son demasiado anchos, estrechos, largos o altos; si quitas los que son demasiado caros para un bolsillo inteligente y los que son muy baratos para ser sofás de verdad, al final no quedan tantos. Cuatro o cinco modelos entre los que elegir, y que, a poco que tengas un gusto medio, acabas por coincidir hasta en la tela y el color. Pero eso no lo

entiende todo el mundo, la gente va a comprar sofás pensando que su casa va a ser única, la Mona Lisa de las casas de clase media. Mis vecinos eran un poco así, por eso cuando ella vio a través del hueco de la puerta un sofá igualito al suyo se llevó una pequeña decepción. «Y yo que creía que habíamos sido originales», dijo. Así mismo. Y no le dije quién había comprado el sofá antes porque en realidad no importaba. Ellos se acababan de mudar y yo estaba rehaciendo mi vida a través de la decoración. Por aquel entonces todos mis muebles me parecían demasiado sobrios, correctos, minimalistas, y necesitaba un cambio. Como lo necesitamos todos para no convertirnos en una versión obsoleta de nosotros mismos.

Poco a poco los fui renovando, cogiendo ideas de aquí y de allá, de donde cogemos ideas todos. La mayoría de las necesidades no son naturales, sino creadas. Yo no sabía que necesitaba una aspiradora de agua, ni una Thermomix, hasta que oí sus ruidos infernales en la casa de al lado. Pero una vez se crea esa necesidad, no descansas hasta satisfacerla. Así funciona el capitalismo. No lo he inventado yo. Pasa con los

muebles, con los electrodomésticos, con los coches y con la moda. Sobre todo con la moda. Yo fui un hombre elegante que vestía trajes a medida, camisas a rayas, corbatas estrechas y puños con gemelos. Pero las modas pasan y el cuerpo queda, y de repente prima la informalidad de las profesiones libres, los pantalones sin raya, las mangas remangadas, los zapatos que parecen zapatillas y las zapatillas que parecen alpargatas. Es inútil resistirse a los avances de la moda, si no, iríamos todos con pieles de conejo. Te dicen cómo tienes que vestirte en la tele, en los escaparates, te lo dicen hasta los pasos de peatones cuando del otro lado se para un montón de hombres que visten de trapillo. Y hay que adaptarse, porque somos animales sociales y no ermitaños. Me adapté yo, igual que se adaptó mi vecino, aunque luego tuviéramos que pasar por el trance vergonzoso de encontrarnos en el espejo del ascensor como las gemelas de *El resplandor*. Iguales, igualitos. Y él con gesto incómodo, seco, podría decirse que molesto, porque los hombres modernos también empatizan con el viejo topicazo femenino de disgustarse si aparece otra con el mismo vestido en una

boda. No era una boda, era un ascensor, no había que perder los nervios ni la educación.

En ese momento no supe que no era la similitud en el vestir lo que le molestaba. Era algo mucho más primario que enfrenta a los machos de una especie desde que el mundo es mundo, ya sea en la jungla, en un corral o en el descansillo. Los celos son una bestia incontrolable que usurpa el mando de las mentes más reposadas. Y yo tuve parte de culpa, no lo puedo negar, porque no supe alejarme de aquella situación sobrevenida cuando fue evidente que su mujer me miraba con ojos de apareamiento. Como si por fin hubiera encontrado en mí la pieza que completaba su puzle o incluso algo menos cursi. De eso tuve la culpa, y de mi buena educación intrínseca, casi congénita, que me impelía a tratarla con las atenciones que se esperan de un cortejo. A aquella mujer, que mantenía el gesto tenso incluso estando colada por mí, le temblaban las manos y se le caían las llaves al suelo cuando coincidíamos en el pasillo, y se apresuraba a entrar en casa para evitar situaciones socialmente incómodas.

Terminaron por volver a mudarse, apenas un año después de llegar. Y se llevaron su sofá y sus cortinas, su aspiradora y su Thermomix. Se fueron tan rápido como el vecino anterior, el que vestía trajes a medida, camisas a rayas y corbatas estrechas. Se llevaron el felpudo que dejaba fuera de su casa los malos rollos y me obligaron a esperar a los siguientes vecinos para saber qué felpudo comprar para mantener, al menos, una coherencia estilística en aquella confusión de modas y emociones en la que desaparecía la gente.

El grito

Marta escuchó un grito en mitad de la noche. O tal vez lo soñó. Era un grito agudo, de mujer, prolongado, desgarrado, de los que raspan la garganta. Rabioso o aterrado, no sabría decir. Sergio, barritando panza arriba, no llegó a despertarse. Marta no vio que se encendieran luces en las ventanas vecinas. Contuvo la respiración durante un momento intentando escuchar si sucedía algo más, otros gritos, movimientos bruscos, algo que sugiriera la causa o el contexto del alarido. Nada. Tal vez fue un simple susto, tal vez el despertar de una pesadilla. Quizá esa mujer gritó durmiendo. Quizá la propia Marta soñó que gritaba.

¿Cuándo fue la última vez que gritó con ganas?

No podía recordarlo.

A la mañana siguiente se sentía rara. Soñó que gritaba durante toda la noche. Que gritaba, pero no le salía la voz. Al levantarse quiso encontrar alivio probando sus cuerdas vocales delante del espejo. «Pero ¿qué haces?», le preguntó Sergio, con aquella mirada reprobatoria tan suya y tan odiosa, cuando la pilló haciendo sonidos en el baño... No podía gritar. No es que su boca o garganta no funcionaran, es que no podía gritar. ¿Quién puede gritar a su antojo sin que le consideren un loco?

Con el cuello tensionado, esperó a que Sergio se fuera, refunfuñando como de costumbre, para quedarse sola en casa. Le oprimía el pecho, como si le fuera a estallar. Sentía la necesidad de romper el silencio. Pero no había silencio. A un lado y a otro de su casa se escuchaban los ruidos de la mañana. Las duchas, las cocinas, las puertas, las conversaciones de los que van a trabajar y las que vienen a limpiar. No podía gritar. Una no puede gritar en su propia casa, en

su caja de zapatos de cuarenta metros de paredes de papel.

Ya en la calle, mientras intentaba calmarse al aire libre, se preguntó cuánto se oirían sus gritos por encima del tráfico. Sintióse tonta y desesperada al mismo tiempo, se desvió hacia el parque con la intención de liberarse de aquella tensión ilógica, estúpida. Era inútil. Anheló tener esos niños que nunca le llegaron solo por el placer de gritarles, aunque fueran órdenes, y no los aullidos sin sentido que le pedía el cuerpo.

Llegó tarde a la oficina, y deseó que su jefa se encarara con ella para poder contestar. Tal vez ese era el día en que reuniría el coraje o la exasperación para mandarlo todo a paseo, por fin el momento de expulsar el torrente de reproches, las horas de más, las malas maneras, el salario de mierda. A gritos. Pero su jefa apenas le prestó atención, solo lo justo, una mirada al reloj y un gesto torcido, para no pasar por alto la falta. Marta resopló, porque no podía hacer otra cosa, y pasó el día angustiada sin saber muy bien por qué. Sí lo sabía, quería gritar y no podía.

Llegó de vuelta a casa como el que no puede contener las ganas de ir al baño. Inquieta, apresurada, como si le fuera a reventar la vejiga, pero en realidad eran los pulmones. Sergio no había llegado aún, ni ganas de que volviera. Recordó el momento en que la vecina del quinto gritaba desesperada porque su novio había desaparecido y se sintió culpable por envidiarla. No, le envidiaba a él, por tener el coraje de desaparecer. Un perro ladró con fuerza en alguna parte del edificio y le enfureció pensar que el animal disfrutaba de más libertad que ella. Harta, desesperada, sin soltar siquiera el bolso, fue hasta la nevera y abrió la puerta del congelador lo justo para encajar su cara en el interior.

Y gritó.

Fue un grito largo, horrible, a todo el volumen que le permitía su capacidad vocal y torácica. Y terminado aquel grito liberador, tomó aire y volvió a gritar en chillidos cortos, rabiosos, con los ojos cerrados, la boca abierta y la mano bien sujeta a la puerta del congelador. Y mientras más gritaba, mejor se sentía, hasta que los gritos se transformaron en risas, primero histéricas, luego reparadoras. Cerró la puerta

antes de que se le congelaran las lágrimas que habían escapado con el esfuerzo.

No tardaron ni un minuto en tocar el timbre y aporrear la puerta. Marta se recompuso, se pellizó las mejillas ateridas de frío y se dispuso a abrir.

—¿Ha pasado algo? Hemos oído gritos.

Dos vecinos. El del cuarto D, con la preocupación pintada en la cara, y la señora de al lado, renqueando hasta su puerta.

Marta, sin apenas poder ocultar la sonrisa, fingió calma.

—Pues aquí no ha sido. No he oído nada.

El vecino, suspicaz, miraba tras el hombro de Marta para descubrir un piso ordenado, sin rastro de asaltantes o maridos maltratadores.

—¿No habrá sido alguna televisión? —añadió Marta.

—Sí, sonaba sordo, como en la tele —corroboró la vecina.

Cuando Sergio llegó a casa, Marta ya tenía las maletas hechas.

—Me voy —dijo, con un suave y sosegado
tono de voz.

La mirilla

Están otra vez ahí, pero no les veo. Bueno, sí les veo, pero no les distingo. Son como dos presencias borrosas al fondo del pasillo que se juntan y se separan. Como no encienden la luz... Me sale más a cuenta escucharles que mirarles. No puedo hacer las dos cosas al mismo tiempo, porque para escucharles tengo que quitarme el pendiente y pegar la oreja a la puerta. Pero es que hablan muy bajo, como si supieran que les estoy escuchando. Solo cojo palabras al vuelo. Policía, investigación, preguntas. Tiene que ser algo gordo, pero no consigo saber qué. ¿Habrán encontrado al chaval? ¿Habrán detenido al loco del tercero? Tengo que cambiar de posición porque, si paso mucho tiempo

así, se me duerme un brazo. La circulación la tengo fatal. La de la sangre, por casa circulo como una moto. Paquín viene hasta la puerta, me mira con sus ojillos de detective en miniatura y me imita. Pega su orejita a la puerta allí abajo, a su altura, y hace como que escucha. Tampoco tan abajo, me estoy encogiendo por momentos, lo noto en los huesos. «¿Qué dicen, Paquín?», le pregunto en susurros, a ver si él entiende algo, pero no sabe hablar bajito. No sabe hablar en general, y grita: «¡No sé, abuela!». No lo dice así, pero yo le entiendo. Las figuras le escuchan y levantan el vuelo, como las palomas. Coño de niño. Compruebo en la mirilla que las sombras se han esfumado y miro a Paquín con enfado, pero él se encoge y se va al salón arrastrando su conejo por las orejas.

Un día que esté despistado tengo que coger el conejo y meterlo en la lavadora porque tiene más roña que el palo de un gallinero, tanto arrastrar por el suelo. Que no es que el suelo esté sucio, pero ya no se me limpia tan bien como antes. No sé si soy yo o el detergente. A Paquín también tengo que meterlo en la

lavadora, siempre tiene las manos sucias de cosas que no sé lo que son.

Como en el descansillo ya no hay nada, me voy a la ventana del salón y me apoyo a ver si pasa algo. Un perro ladra. Alguien cocina, huele a sofrito. Alguien se ducha, se oye el agua. Por encima del ruido oigo a alguien hablar y me asomo más para escuchar mejor. El día menos pensado vuelco y acabo en el patio con las pinzas perdidas de la ropa. Y a ver quién cuida de Paquín.

A mi hija no le gusta que le llame Paquín, sino Fran, pero es que se parece tanto a Paco, que en paz descanse... Igualito, con esa cara redonda y esos ojos de registrador de la propiedad. La que habla es la de arriba, y habla sola, así que debe estar al teléfono. O loca. Este edificio está lleno de gente loca. No la entiendo, pero sé que llora. Loca perdida. Desde que desapareció el novio todas sus conversaciones acaban llorando.

Aquí estuvo la policía a preguntar si yo sabía algo y hasta entraron en casa «a echar un vistazo». «Pero ¿a quién voy a secuestrar yo?», les dije poniendo

cara de abuela, que es la que tengo al fin y al cabo. «Tenéis que vigilar al del tercero A, que es un tipo raro, muy raro». No me hicieron caso, como soy vieja... Uno de ellos se encaró con Paquín que le miró con sus ojos de comisario agarrando al conejo por las orejas. Ni dos palmos levanta del suelo y ya intimidada. Coño de niño.

Yo a veces también hablo sola. Empiezo murmurando palabras bajito y, oye, acabo en unas conversaciones que hago gestos y todo. Paquín se da cuenta y me mira con cara de trabajador social, y yo me río y le digo «tu abuela está loca», como si fuera broma, pero lo pienso de verdad. Loca no, senil, que viene a ser una vieja loca. Peor me lo pones.

Cuando se detiene el ruido de la ducha la escucho mejor. Que no, que no se sabe nada y que duda si seguir indagando o dejar el piso porque le recuerda a él, pero que cómo va a dejar de buscarlo si sabe que está aquí en alguna parte. Pues es verdad. Una vela le tengo puesta a la Virgen de Lourdes en mi habitación para que encuentren al chico, vivo o muerto o como esté. Una vela apagada porque dice mi hija que encendida es peligrosa, que puede provocar un

incendio. Como si se incendiaran iglesias todos los días y ahí están, llenas de velas. Mi hija no lo dice por mí, que le traigo sin cuidado, lo dice por Paquín, pero qué va a quemar él con esa cara de jefe de bomberos que tiene.

Lo de ese chico es raro, muy raro, porque en algún lado tiene que estar; aunque en cuarenta años en el mismo edificio cosas más raras he visto. Cuando nos mudamos, Lucía aún ni caminaba. Me acuerdo porque la mudanza con un bebé es peor que un parto. Lo sé, que he vivido las dos cosas. A mí el piso no me gustaba, para qué voy a mentir, pero fue lo que encontramos y Paco dijo que aquello o a vivir con mi suegra. No hubo más que hablar.

Eso fue al llegar, con el tiempo, qué quieres, le he cogido cariño al piso y al barrio. A los vecinos todavía no. Cuando murió Paco, Lucía me propuso irme a vivir con ella y con su marido. Y yo me acordé de mi suegra y le dije, quita, qué voy hacer yo con vosotros. Fui muy prudente. Cuando al final se divorciaron nadie pudo decir que fuera por mi culpa. Tampoco sé de quién fue la culpa. «La convivencia, la

rutina, el estrés, el niño», todo eso me dijo Lucía. Lo del niño me lo creo, no porque se porte mal, el pobre, pero yo creo que su padre le tiene miedo. Le mira con cara de juez de familia y le entran remordimientos. No sé de qué, pero le entran.

Oigo abrirse una puerta en el rellano y salgo corriendo como alma que lleva el diablo, que me parece que hasta me derrapan las babuchas al esquivar a Paquín, y llego justo a tiempo para pegarme a la mirilla y ver a la vecina con las maletas en la puerta. Toma ya.

Lo sabía. No lo sabía, pero intuía que había algo raro. Son una pareja muy tristonza, como de medio luto. Él como muy soso, ella como muy mustia. Y antes oí un grito en su piso. Alto y claro, sin necesidad de pegarme a la pared. Pero luego ya no escuché más y me quedé con las ganas de saber. Estaba decidiendo si salir o no, cuando escuché pasos y por la mirilla distinguí al vecino de enfrente que venía a olisquear, y, puestos a informarse, yo tengo prioridad, que vivo pared con pared. Así que salí y estaba ella, muy fresca, diciendo que nada, que allí no había pasado nada. Pero lo decía como muy reluciente, que parecía que le había tocado

la bonoloto y se estaba guardando el resguardo en el refajo. No hubo manera de sacarle nada.

Y mírala, por ahí se va ella, sin él, que primero la mira desde la puerta, sin saber qué hacer y le grita: «¿Pero qué ha pasado?!», que es lo que siempre gritan los que se quedan con dos palmos de narices, y a mí también me dan ganas de gritarlo, porque no me aguanto las ganas de saber. ¿Se irá con otro? ¿Se fugará con el chico desaparecido? Sería la bomba. La mujer se lleva tanto equipaje que no puede con un viaje solo y deja una parte junto al ascensor, y al volver se la ve tranquila, o por lo menos así luce en la mirilla. Coge otro maletón y él le dice: «¿Y no podemos hablar?». Y yo me muero de ganas de que sí, que hablen, pero ahí en el pasillo y a este volumen.

No me he enterado de cuándo ha llegado, pero Paquín está ahí abajo, con la antena puesta. Cómo aprende. Yo me pongo el dedo en los labios para prevenirle, no vaya a ser que me estropee otra vez la escucha. Pero él no dice nada, solo me mira con cara de Teleindiscreta.

Mi hija dice que el año que viene ya hay que meterlo en el colegio. No sé para qué, si menos hablar ya parece que sabe de todo. Se sienta ahí delante de un libro y no dice nada, pero se le pone una cara de catedrático que hasta impone respeto. Lucía ya le pidió plaza en el colegio que está en esta misma calle, para que vaya yo a recogerlo. Está ofendida porque dice que lo tiene que hacer todo ella y su ex, nada, como si fuera el hijo de otro. Que igual lo es, porque al padre desde luego no se parece. Esa es la cantinela de Lucía todas las tardes, que todo lo hace ella, que se encarga ella solita del niño, que parece una madre soltera. Que yo cuando me dice eso la miro mucho a ver si se está riendo de mí o es que es tonta. Y Paquín, que sabe lo que hay, la mira con cara de juzgado de guardia.

Los vecinos no hablan. Ella se va, y él tampoco te creas que va a por ella. Se queda ahí un rato como un pasmarote hasta que el ascensor deja de hacer ruido. No sé si espera que su mujer vuelva a subir. Igual piensa que se ha arrepentido en el viaje. Pero no vuelve, y el pobre desgraciado se encoge de hombros un par

de veces y acaba por meterse otra vez en casa con toda su pachorra.

«Nada, que se ha acabado el espectáculo», le digo a Paquín, o a mí misma, porque el niño ya no está. Habrá que ir pensando en hacer la cena, pero mira que me da rabia porque al oscurecer es cuando pasan más cosas detrás de la mirilla. No sé si quedarme un rato más por si acaso. Total, Paquín aún no tiene hambre. Cuando le apriete el apetito se presentará en la puerta con el conejo agarrado por las orejas y cara de asador donostiarra, y entonces sí, tendré que dejar la mirilla y hacerle algo.

La pared

Mi padre me dijo que mi habitación sería mejor que antes. Pero no. Nada es mejor que antes. Es más grande, es verdad. Y ahora tengo la consola en la habitación. Eso mola. Pero para fuera no se ve nada. Solo una pared blanca, sucia, de un patio pequeño. En mi casa de antes, mi ventana daba al parque y podía ver a la gente, y a los perros, y a otros niños jugando. A veces pensaba que, si me esforzaba, podría verme a mí mismo jugando con mis amigos. Esa habitación molaba, porque en la ventana siempre pasaban cosas.

En el colegio nuevo conocí a un niño que se puso a hablar conmigo. Mi padre dijo que eso era bueno porque sería el primero de mis nuevos amigos.

Pero yo no creo que sea bueno tener nuevos amigos, a mí me gustaban los de antes. Ese niño se llama Julián, que es nombre de viejo, pero él no lo sabe y le parece bien llamarse Julián. Pues Julián me dijo que él no tenía tele ni consola en su habitación, pero que tenía una pared blanca enorme en la que a veces su padre proyectaba películas. Proyectar es hacer como que ves imágenes en sitios que no son ni teles, ni ordenadores, ni móviles.

Una tarde que estaba aburrido me puse a mirar la pared del patio y me imaginé que veía cosas. Creo que eso es proyectar. Imaginé que un cable que cruzaba la pared medio descolgado era una montaña que había que escalar, y una mancha marrón que había más arriba era un nubarrón de tormenta. Y pensé que los escaladores, que eran los protagonistas de mi película, tenían que darse prisa antes de que los pillara la lluvia, pero un desconchón que había en un lado era un desprendimiento que no les dejaba pasar. No fue mi mejor proyección, pero es que fue la primera.

La consola la tengo en la habitación pero casi nunca la uso porque solo me queda un juego viejo de

Mario que era el que venía cuando me la regalaron. El resto de juegos no sabemos dónde está. Mi padre dice que en alguna caja de las que se quedaron sin desembalar, pero yo creo que no, porque las he movido todas y ninguna suena como videojuegos. Como estaba harto de buscarlos, un día proyecté en la pared que disparaba a los enemigos. El cable era la superficie de un planeta extraterrestre, y la mancha marrón era la nave desde donde bajaban los alienígenas, y el desconchón eran los cráteres que creaba yo con mis explosiones.

Julián dice que todos los planetas son extraterrestres porque están fuera de la Tierra. Se cree que sabe mucho el Julián. Por eso no tiene muchos más amigos aparte de mí.

En el edificio nuevo no hay niños. Solo uno, pero es muy pequeño y, además, tiene una forma de mirar que me da cosa, como si al mirarme me viera por dentro. Mi madre me tendría que haber traído un hermano antes de irse, para poder jugar. Mejor un primo, que puedes jugar con él y cuando te cansas se va a su casa.

Una tarde se me ocurrió proyectar una película de superhéroes. Se parecía un poco a una que había visto con mis padres, pero era mi propia versión y los superhéroes hacían las misiones que yo quería. Los malos no. Mi padre me vio sentado delante de la ventana haciendo ruidos y me preguntó qué hacía. No se lo dije, no sé muy bien por qué. «Nada», le dije.

En el edificio ha desaparecido un señor. Lo sé porque la mujer vino a preguntarle a mi padre si lo había visto. Luego también vino la policía a preguntar lo mismo. Al día siguiente se lo conté a Julián y se emocionó todo, porque la policía nunca ha ido a su casa. A mi casa vino una vez, cuando se fue mi madre. Por eso cuando los vi otra vez pensé que mi padre también se iba a ir y me dio una cosa en la garganta que la tuve que echar llorando. No había llorado tanto en mi vida. Ni cuando me rompí un brazo en el parque, ni siquiera cuando se fue mi madre, porque esa vez no sabía que todo iba a ser distinto.

Mi padre me abrazó y esa noche se quedó a dormir conmigo. Y entonces sí que le enseñé a proyectar, y entre los dos proyectamos que íbamos a la

playa, mi padre y yo, y mi madre estaba allí esperándonos para darnos un baño, y luego subíamos a un barco y había piratas, pero entre los tres acabábamos con todos y nos quedábamos el barco para ir a la Antártida. Mi padre me dijo que cuando quisiera ver a mamá que lo podía hacer así, en la pared del patio. Cada vez soy mejor proyectando cosas.

El perro

Fue la gente de la calle la que se dio cuenta. Primero unos chavales que miraban curiosos, luego una pareja que observó preocupada. En poco tiempo hubo un puñado de personas dispersas en la acera de enfrente, observando cómo el perro se asomaba peligrosamente por la ventana.

Apenas ladraba, si acaso un lastimero quejido de vez en cuando, pero miraba. Volvía su cabeza insistentemente hacia el suelo, con medio cuerpo fuera, subido tal vez a algún taburete o sujeto simplemente con las patas contra la pared.

Lo que llamaba la atención en los observadores era la insistencia en mirar hacia abajo, como si calculara

las posibilidades de sobrevivir al salto desde aquel tercer piso. En ocasiones desaparecía en el interior de la casa para volver a los pocos segundos con renovadas intenciones de alcanzar el suelo.

Los vecinos, desde la calle, empezaban a comentar entre ellos, curiosos y preocupados, elaborando teorías: «está solo», «quiere buscar a sus dueños», «no tiene comida». «Lo han dejado y se han ido de vacaciones», aventuró uno para indignación de quienes escuchaban y estaban dispuestos a creerle.

Entonces, de un pequeño salto, el perro se encaramó con sus cuatro patas en la delgada cornisa y un grito ahogado surgió del conjunto del público para dar paso a murmullos más encendidos. «Ya vienen los bomberos», dijo una mujer mientras colgaba el teléfono, en un tono lo bastante alto como para que lo oyeran los congregados y supieran quién había tomado la iniciativa.

Llegaron los bomberos, que para sorpresa de muchos sí atendían aquel tipo de situaciones. Cortaron la calle, subieron a la cesta y alargaron la escala hasta la ventana. Ahora sí, con un camión de bomberos en

plena calle, todo el vecindario estaba atento a lo que sucedía. Los curiosos más veteranos —los que llevaban al menos veinte minutos— informaban a los recién llegados, orgullosos de contar con toda la información y dispuestos a transmitirla como intrépidos periodistas. Todo adornado con los antecedentes que hasta hacía un momento eran hipótesis y al calor del momento ya eran realidad. «Se han ido de vacaciones dejando al perro en casa y como se le ha acabado la comida quiere saltar al suelo».

El bombero se tomó su tiempo en comprobar la docilidad del perro y trabar amistad con él hasta que el animal accedió a subirse a la cesta. El público entonces estalló en un aplauso general que duró más o menos hasta que el perro fue depositado sano y salvo en el suelo. La historia podría haber acabado ahí. Una sencilla anécdota de barrio.

Sin embargo, mientras se decidía qué hacer con el perro, se abrió la puerta del edificio y apareció un joven muy alto que llamó la atención de los bomberos. «¿Es el dueño?», se preguntaban desde el otro lado de la calle, pero por los gestos e indicaciones entendieron

que se trataba de un vecino. Uno de los bomberos hizo pasar al perro al interior del portal. «¿Se hará cargo él hasta que vuelvan los dueños?». «¿No deberían quitarle a los dueños la custodia o como se diga?». «¿Estará mejor el perro en una protectora de animales que con unos dueños que lo abandonan para irse de vacaciones?».

Y entonces sucedió algo que desencadenó un nuevo torrente de teorías y rumores completamente distintos y mucho más emocionantes. Tras hablar con el vecino, los bomberos volvieron a subirse a la cesta del camión y se elevaron de nuevo hasta la ventana del tercer piso. Sin abandonar su cesta mecánica y sin invadir la propiedad privada, se asomaron al interior de la vivienda tanto como pudieron, tal como había hecho el perro hasta apenas unos minutos antes, aunque en sentido inverso.

«¿Hay otra mascota dentro?», aventuró primero uno. Pero la imaginación del resto estaba mucho más desbocada que aquello. «Les ha pasado algo a los dueños». «Estarán inconscientes o heridos y el perro estaba intentando buscar ayuda». «Llevan días muertos

y el perro estaba desesperado sin comer». Entre tanto, el bombero de la cesta miraba dentro y remiraba, pedía a su compañero que cambiara el ángulo para ver un poco más. Hasta que pudo identificar lo que pasaba.

En apenas diez minutos las luces intermitentes iluminaban la calle entera. Al camión de bomberos se sumó una ambulancia y dos coches de policía. El trajín se trasladó entonces de la ventana al portal. Los espectadores, cada vez más numerosos, tuvieron que esperar bastante más para ser testigos de cómo abandonaba el edificio una camilla sobre la que reposaba una bolsa del tamaño y dimensiones propias de una persona.

La aparición del cadáver, en el breve momento que pasaba del portal a la ambulancia, provocó una reacción ahogada entre el público. El primero en irse fue el coche negro con el juez y el médico forense. A continuación se marchó la ambulancia, sin luces, ni sirena, ni prisa. La policía permaneció mucho más tiempo en el interior del edificio, aunque abrieron la calle al tráfico animando al público a circular y

continuar con sus vidas. Cuando la calle quedó casi vacía aún se escuchó algún ladrido lastimero de perro.

Puedes seguir leyendo esta novela en [Amazon](#)

Puedes consultar toda la información sobre este libro y mucho más en el blog del autor: [Tonibrito.com](#)

Índice

La desaparición	9
El felpudo	13
El grito.....	21
La mirilla	27
La pared	37
El perro	43
La ventana.....	49
El piso compartido.....	55
La nuda propiedad.....	61
La ceniza	67
El agente inmobiliario	79
La obra	85
La aventura	97
El casero.....	103
La espera	113
La fiesta	119

La junta.....	135
El rencor.....	143
El principio	149
La investigación.....	159
El fantasma	169

